

EL “PERENE PROYECTO FUJITIVO”.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, *Canción*, Barcelona, Seix Barral, 1993, 442 págs.

“El poeta cree que la poesía, como el amor o la religión, sus equivalentes, han de vivirse siempre en presente, conservando siempre lo mejor de lo pasado y perfeccionando siempre lo peor”, escribe Juan Ramón Jiménez en el prólogo a *Canción*. Y añade algunos años después en *La corriente infinita*: “Sé que tengo siempre en mí mismo la fuente clara de mi renovación”. Pocos poetas han tenido una conciencia tan certera de lo que supone la obra escrita como *work in progress*. Y menos aún han llevado esta posición hasta sus últimas consecuencias, hasta el rigor que preside toda la obra juanramoniana.

Porque su obra, ante todo, es rigor. Es rigor, en primer lugar, en la concepción de la palabra poética. Va ésta poco a poco despojándose de todo lo que no es *poesía pura*, y se encamina por las sendas de la desnudez, de la esencialidad, de la sobriedad. Con un anhelo creciente de Belleza, de infinito. De perfección: la palabra se lima, se talla. Y llega así, de un modo paralelo, al rigor tipográfico, al libro como obra de arte. Escribir como se habla, reforma de la ortografía: coincidencia, esta vez, con Teresa de Ávila y con Fernando de Herrera.

Ambas propuestas de rigor, igualmente esquivas: “Soy un mártir del perene proyecto fujitivo”, concluye en *Estética y ética estética*.

Quizás la manifestación más palpable de lo que supone el rigor en su obra (en su *Obra*, como le gustaba escribir) sean las continuas correcciones a que somete sus textos, tanto en los aspectos puramente estilísticos como en los referentes a la ordenación de los poemas. *Canción*, libro de 1936, se inscribe de lleno en esta actitud juanramoniana. Supone, en efecto, la corrección y ordenación de algunos de sus poemas anteriores. Sirvan, para su caracterización, las palabras del propio Juan Ramón Jiménez: “J.R.J. ha preferido, en estos días de poesía engolada, conceptuosa, oceánica, profética, sub esto, sobre lo otro, etc., empezar su obra poética con la humilde y sencilla canción”. En efecto, se trata de poemas en tono menor, de cancioncillas que en algún momento dejan leer entre líneas la lírica tradicional española (tanto en el octosílabo, repetido a lo largo del libro, como en el tratamiento de los temas mismos o incluso en la estructura formal). Pero también se puede comprobar cómo estos poemas están tejidos sutilmente con hebras de otros autores españoles, como San Juan de la Cruz o Bécquer. Corresponden, todos espejeos, a lo que Juan Ramón Jiménez reconoció como la mejor tradición española cuando fue antologado por Gerardo Diego en 1932. Porque los poemas de *Canción*, en definitiva, se caracterizan por un lenguaje diamantino que tiende hacia la plenitud.

Pero *Canción* es además parte de un vasto proyecto de ordenación de sus versos en *Unidad*, libro de veintiún tomos (más un volumen anunciado con un sugerente título: *Poesía no escrita*) que recogería su obra completa y del que *Canción* supondría el tercer tomo. El proyecto fue abortado por la Guerra Civil, y no se publicó ningún otro tomo. Quedó, así pues, como otro intento frustrado de llegar al libro total, al Libro de Dante, Baudelaire o Jabès. En Juan Ramón Jiménez el Libro adquiere un carácter trágico, como recuerda Maurice Blanchot a propósito de Mallarmé (que es, quizás, el caso más llamativo): “esta poética, fundada en una voluntad de perfección formal, es algo tan prodigiosamente imposible que su realización equivaldría a la creación del universo”. El Libro es, efectivamente, doble del mundo. Juan Ramón Jiménez concibe *Unidad* (y, en su interior, *Canción*) como el único mundo que puede habitar. Porque él, como poeta, sabe que sólo existe dentro de la palabra. El Libro se vuelve por eso una necesidad, la necesidad de fundar su propio espacio vital:

¡LIBRO, afán
de estar en todas partes,
en soledad!

La edición, entonces, de este tercer tomo (y único) de *Unidad* sigue las pautas de rigor que dominan toda su trayectoria. Así, el volumen publicado en 1936 se imprimió en papel ahuesado con encuadernación en amarillo y en morado. Se usó el tipo Elzevieriano de letra, que tanto gustaba a Juan Ramón Jiménez, con cuerpo 14, dos puntos de interlineado y generosos blancos marginales que permitieran la respiración del poema sobre la página. La portada, sobria, sólo añadía al título y autor su lema (“Amor y poesía cada día”) y la ramita de perejil dibujada por Ramón Gaya. Tenía además dos láminas: la de un busto de Zenobia, frente a la dedicatoria, y la de una reproducción facsimilar del poema autógrafo (con una caligrafía minuciosa, delicada, tersa) titulado “Las palomas”. La segunda edición de la obra, en 1961, no respetó algunas de las exigencias formales de la primera, en especial en lo referente a la tipografía y a la numeración de los poemas. Así sucedió con la solución dada a la inexistencia del poema 65 (que Juan Ramón Jiménez nunca introdujo), corriendo todos los números desde el 64. La edición de 1961 acababa entonces en el poema 419, y no en el 420 como la de 1936.

Era precisa, pues, una tercera edición de la obra. Seix Barral nos la ha brindado en 1993. Se trata de una edición facsimilar que conserva la numeración primera de los poemas, así como otros detalles no respetados en 1961. Uno de ellos, en especial, llama la atención: unas páginas finales en blanco, encabezadas por el título “Páginas para el lector”. Acaso sean, en su pasmosa esencialidad, un libro en blanco, el libro en blanco que Juan Ramón Jiménez había anunciado con el intrigante título de *Poesía no escrita*.

Goretti Ramírez